

Rosario, 30 de junio de 2021

A los padres y familias de nuestros alumnos

Aprovecho esta nueva oportunidad de llegar hasta ustedes para compartir una experiencia personal. Se trata de un sueño que tuve, allá por los años 90.

De repente (lógico, como en todos los sueños ...) me encontraba ante una casa de mediano tamaño. Desconocida. Abro la puerta principal y entro. Lo primero que encuentro es un espacio central, del que enseguida vi que se podía pasar a innumerables habitaciones. Había puertas para elegir. Me decido por una, que me lleva a una sala, desde la que a la vez había la posibilidad de pasar a otra.

Y así, por donde buscara, había infinidad de puertas. Avanzaba, y de repente descubría más y más pasillos y vericuetos por donde andar. Por todos los costados, era una casa que no se terminaba más de recorrer y conocer.

En un momento dado llego a un salón más amplio. Y en medio de ese salón observo tres tableros, colocados en hilera. Y encima de ellos un montón de armas largas. Ametralladoras. Escopetas. Realmente una gran cantidad. Allí estaban, dispuestas vaya a saber para quién.

Un médico amigo, de mucha confianza y aficionado a interpretar sueños, me dio algunas pistas para interpretar qué me decía ese sueño y en ese momento concreto de mi vida.

Ver en sueños una casa, un edificio, o hasta una cueva, es como ver el propio mundo interior. Esas imágenes "edilicias" representan nuestra persona en lo más profundo. Esa casa era yo. Era reflejo de todo lo que me habitaba por dentro. Y, efectivamente, por aquel entonces yo me encontraba viviendo una etapa bastante movilizadora para mi vida. Un desafío que me llevaba a reconocer en mí aspectos o elementos que sin duda estaban pero en forma latente, sin salir afuera.

Por eso el hecho de entrar por uno y otro pasillo, y estar en un incesante reconocimiento de rincones ocultos a primera vista, simbolizaban toda esa nueva percepción que estaba teniendo de mi persona.

¿Y esos tabloncitos cubiertos de armas?... son un símbolo de agresividad, o de al menos estar muy a la defensiva, listo para la guerra.

Y era así nomás. Les cuento un poco más sobre lo que en ese tiempo estaba viviendo. Me habían encomendado acompañar la formación de los salesianos más jóvenes. Nuestro seminario de filosofía. Asumiendo semejante responsabilidad enseguida "me puse la gorra" (diríamos hoy, jeje), y conservaba una actitud de mucho control. Lo veía todo. No se me escapaba nada. Pasaba el día entero en tensión para asegurar el orden, la puntualidad, el buen aprovechamiento del tiempo... Y corregía enseguida el más mínimo error o falencia.

No por nada mi cuerpo se encargó de armar una úlcera de duodeno. Y ese sueño que tuve me sirvió como espejo para registrar mejor lo que me estaba pasando, para bajar entonces un cambio, y no sólo sentirme un poco más aliviado sino también generar una convivencia mejor con esos hermanos más jóvenes.

¿Por qué les comparto este sueño?

Porque vuelve a mi memoria en medio de esta pandemia. Todo lo provocado por el covid es algo que nos descolocó. Me descolocó. Me movieron el piso. Como en todos, va sacando lo mejor de mí pero también por momentos lo peor.

No me gusta perder el control. No me banco la alta dosis de incertidumbre que asoma en tantos aspectos. Tanto ha cambiado el ritmo y los horarios de trabajo, tantas son las cosas que ya no podemos hacer, que se multiplicaron los tiempos de soledad y voy captando cosas nuevas en mi pensar, en mi sentir.

¿Y las armas?... están allí. En ciertas ocasiones se apodera de mí mucha susceptibilidad; pequeñas cosas me enojan. Empiezo a notar demasiada vehemencia en mi manera de hablar y llego a poner incómodo a algunos colaboradores o hermanos. Y la verdad que no estoy enojado con ellos, sino que me habita un enojo general, profundo, una insatisfacción que dura tanto como esta pandemia.

¿Y qué hago con esta casa que soy yo?

Esa casa soy yo. No puedo desentenderme. Está bueno que *la conozca/me conozca* cada vez mejor. Que la asuma como es. Hay rincones de mucha luz y otros más oscuros. Más de una pared está plagada de humedad. Y hay incluso una habitación con un montón de armas.

Lo que entonces recuerdo es que desde el bautismo esa casa es templo del Espíritu Santo. Ya por ser criaturas de Dios hay un espíritu, un aliento de Dios, que nos habita a todos. Lo reconozcamos o no. Sigamos o no sus inspiraciones. Escuchemos su voz o la tapemos con muchos ruidos u otras voces menos importantes.

Dios mismo habita esta casa, porque él la ha querido y creado. Por eso yo mismo debo quererla. Y ocuparme de su mantenimiento. Pero ir despacio. No querer refaccionarla de una sola vez. Por eso a Dios le debo confiar esta *casa-mi corazón-mi mundo interior*.

Que sea Él y no tanto mi ego el que mande en ese lugar. Que no me asuste ni me culpe tanto por mis imperfecciones. Y que busque aquello que me produzca paz, y serenidad. Que llegue a ver que no necesito estar siempre en alerta ni recurrir a esas armas. Vivir desconfiado o enojado, 24 horas tenso o a la defensiva... eso no es vida.

Concluyendo

¡Qué bien le hace a nuestro mundo interior encontrarnos con oídos que nos escuchen!, personas que nos inspiren confianza, sin juzgarnos pero capaces de corregirnos cuando es preciso. Lo digo porque es mi experiencia. Hay etapas más críticas de nuestra vida en que quedarnos aislados, masticando a solas nuestra molestia o insatisfacción, nos lleva a fabricar un mini-infierno en nuestra mente.

Les mando un abrazo cálido a cada uno de ustedes. Especialmente a ustedes padres, que son arquitectos de esa casita que va siendo la persona de cada uno de sus hijos.

Que Jesús, José y María, sigan siendo nuestro modelo y nuestros intercesores. Afectuosamente,

aamaya@sanjoserosario.com.ar



P. Ángel Amaya SDB
Padre Director